

dia la labor desempeñada por los misioneros en América que no se limitó a «evangelizar» a los indios o a enseñarles la doctrina cristiana. Cristianismo y civilización iban unidos, y por tanto se impulsó una promoción humana de los naturales que los elevó, los dignificó. El segundo se ocupa de temas fundamentales: la providencia de Dios en relación con la evangelización de los indios y la correlativa responsabilidad de los misioneros en la cooperación con los planes del Cielo: Cristóbal Colón, Hernán Cortes, Bernal Díaz del Castillo, etc... En el tercer capítulo afirma que en el V Centenario de la llegada de la fe al continente americano una mirada creyente muestra una fe arraigada, llena de promesas. América Latina sigue siendo «el continente de la esperanza». Ha sido una Iglesia plantada por hombres y mujeres de mucha fe y de cultura que le pueden permitir superar sus crisis crónicas. La fe recibida a finales del siglo xv cuajó en estas tierras y produjo innumerables frutos.

El autor recuerda la necesidad de ofrecer la doctrina cristiana con claridad y pureza. Considera que Cristo es la medida de toda la cultura, y que por tanto la evangelización comporta un llevar a plenitud los elementos válidos de las diferentes culturas, y una purificación de los elementos contrarios a la dignidad de la persona, presentes en toda cultura humana: «En la proximidad del tercer milenio de la redención, Dios está preparando una gran primavera cristiana, de la que ya se vislumbra su comienzo» (*Redemptoris Missio*, n.86)

Fazio concluye diciendo: «Se nos presenta ahora el reto formidable de la continua inculturación del Evangelio en nuestros pueblos [...] América Latina, en Santa María de Guadalupe, ofrece un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada. En efecto, en la figura de María desde el principio de la cristianización del Nuevo Mundo y a la luz del Evangelio de Jesús se encarnaron auténticos valores culturales indígenas» (p. 92)

Se trata, pues, de un instrumento útil e interesante para todo aquel que desee reflexio-

nar en la evangelización de la cultura en América Latina.

A. Marroquín Azurdia

Juan GALLARDO MUÑOZ, *San Juan Diego, «el indio»*, Dastin, Madrid 2003, 206 pp.

Aún cuando en la portada el título es sólo *Juan Diego*, en la carátula y el lomo, el libro ostenta el título *San Juan Diego «el indio»*. Forma parte de la colección «Mexicanos ilustres», en la que aparecen desde Nezahualcóyotl y Moctezuma, Miguel Hidalgo, Agustín de Iturbide, Francisco I. Madero, Pancho Villa, Emiliano Zapata, hasta Mario Moreno «Cantinflas» y la pareja ideal de María Félix y Jorge Negrete, entre otros. Como se ve, el catálogo es muy ecléctico y quizá poco serio.

La primera parte de esta obra de Juan Gallardo Muñoz relata las apariciones ocurridas en 1531, a partir del *Nican Mopohua*, escrito por un indio educado por los frailes franciscanos en sus colegios de San José de los naturales y en el de Santa Cruz de Tlatelolco; concedor a fondo del pensamiento y de la cultura indígena y formado dentro del pensamiento y cultura cristiana por los frailes; y, posteriormente, gobernador de los indios de la ciudad de México-Tenochtitlán y de Santiago Tlatelolco, la ciudad vecina.

En el *Nican Mopohua*, piedra angular de la historia guadalupana, se narran dentro de la exquisita literatura indiana las apariciones ocurridas del 9 al 12 de diciembre de 1531. Escrito en náhuatl por Antonio Valeriano ha sido introducido en numerosas ocasiones por especialistas connotados y publicado repetidamente apoyado por muy serios estudios. Gallardo Muñoz cuenta la historia de las apariciones de la Virgen a Juan Diego, indio recién convertido y practicante de virtudes cristianas, y también la última al obispo de México fray Juan de Zumárraga. La narración de Gallardo —que tiene a la vista el *Nican Mopohua*— inserta afirmaciones ajenas lejanas de la verdad histórica.

A partir del capítulo VII, su interés se vuelca en estudiar la persona, vida y acción de Juan Diego, su existencia real y las versiones de autores modernos que niegan su verdadera historicidad. La espesa y abundante discusión, más política que histórica, en torno a Juan Diego, es examinada detalladamente por el autor, quien no realiza un estudio historiográfico ni serio ni completo. Se apoya más en la argumentación de tipo apriorístico, que en un estudio detenido de las fuentes. Deja a un lado las aseveraciones de los llamados «Evangelistas Guadalupanos» y de los testimonios de 1666 que representan una de las confirmaciones más recias de las apariciones y de la realidad de los personajes que actuaron en el medio de las apariciones.

Mucho interés pone en señalar la división de opiniones surgida tiempo atrás, ya no sólo de las apariciones, sino principalmente de su personaje principal. Insiste en la división surgida en el medio clerical, entre aparicionistas y antiaparicionistas, entre los grupos que sostienen la existencia de Juan Diego y de quienes la niegan. (Ya en obra clásica, como la del P. Anticoli, se afirmaba de la división de opiniones brotada a raíz de la existencia de Juan Diego). Para confirmar la existencia milagrosa de la tilma de Juan Diego cuyo uso no conoce de forma clara, realiza una especie de «tour de force», equiparando la tilma juandiegua con la sábana santa de Turín, comparación ilógica y fantasiosa.

Como parece que la colección a la que pertenece esta obra es de difusión, no contiene aparato crítico que avale y afiance sus afirmaciones, aclare las dudas y confirme su información y razonamientos. Las fuentes que utiliza son exiguas y pobres. Desconoce tanto la bibliografía que actualmente excede en más de cuatro mil títulos, como lo confirman los trabajos de los PP. Rogel, Organista y Marín. Ignora las recopilaciones literarias del P. Peñalosa y sólo menciona como referencia básica el libro de Jacques Lafaye que puede situarse más en el rubro antiaparicionista que en el apa-

ricionista, que, además, da corta información del «indio Juan Diego».

Obras como ésta, más desorientan y desinforman al público que desconoce la realidad histórica y el desenvolvimiento del pensamiento y la realidad religiosa de México.

E. de la Torre Villar

Javier GARCÍA GONZÁLEZ, *El rostro indio de Jesús. Hacia una teología indígena en América*, Diana, México 2002, 324 pp.

Bajo este sugerente título, el sacerdote y profesor mexicano Javier García González, conocido por sus trabajos anteriores sobre la inculturación del mensaje evangélico en las diversas culturas indígenas americanas, pone en el mercado un ensayo bien elaborado sobre la denominada *teología india o indígena de América*.

En la primera parte del libro se plantea la posibilidad de la propia formulación de una teología india, con los problemas que conlleva a la hora de conjugar algunas verdades fundamentales del cristianismo con el cuerpo doctrinal-espiritual de las religiones indígenas. El método para elaborar esa teología centra la segunda parte, partiendo de los documentos del magisterio y del principio de la inculturación. En la tercera parte, el autor va recogiendo los elementos valiosos que aportan en este sentido las culturas azteca, maya e inca, considerados como auténticas *semina Verbi*. La cuarta parte presenta los diversos campos en que dicha inculturación puede llevarse a cabo: la liturgia, la catequesis, el arte y la promoción integral del indígena. Finalmente, en la quinta parte, se presenta el denominado *método guadalupano de teología india* basado en el texto del Nican Mopohua y la propia imagen de la Virgen de Guadalupe, considerada como un verdadero *amoxtli* o códice azteca.

El autor se esfuerza por realizar con honestidad una síntesis entre la sabiduría ancestral india y la fe cristiana, intentando no trai-